

La era del algoritmo Hacia el buen gobierno de la nueva economía

El desafío de implantar un chip ético para «humanizar la tecnología»

► Los repetidos escándalos por el mal uso empresarial de los datos reaviva el debate sobre los límites de la revolución digital

CRIS DE QUIROGA

Las leyes de la robótica que Isaac Asimov creó para su novela ya no parecen exclusivas de la ciencia ficción. Más bien, podrían ser el augurio (en 1942) de que los límites al vasto desarrollo de la tecnología son ineludibles.

Hace unos días, la Comisión Europea abrió una investigación contra Amazon por recopilar y utilizar «información confidencial» de terceros vendedores e incurrir, supuestamente, en prácticas contrarias a la competencia. No es sino la gota que colma el vaso, pues el gigante del comercio electrónico reconoció hace dos semanas que su asistente de voz, Alexa, graba las órdenes de sus usuarios. Polémica a la que se acaba de sumar Google, que ha confirmado que su altavoz inteligente escucha el 0,2% de las conversaciones de todo el mundo.

Mientras, Facebook se enfrenta a una multa de 5.000 millones de dólares, la mayor sanción impuesta jamás por la Comisión Federal del Comercio de Estados Unidos, tras una investigación que comenzó con el escándalo de Cambridge Analytica, la consultora británica que recopiló datos de 87 millones de usuarios de la red social con fines políticos.

Así las cosas, se antojan más oportunas que nunca unas reglas de juego que pongan coto a la explotación abusiva de la tecnología. Incluso ya hay esfuerzos para desarrollar un marco que establezca límites claros. Investigadores y expertos de la Universidad de Deusto, por ejemplo, han redactado una declaración de derechos humanos para la era digital. «Toda la información necesita ser simétrica, es decir, que no sirva solo a algunos», afirma Massimo Cermelli, uno de los autores del texto y profesor de economía en Deusto Business School.

El derecho al olvido —la supresión de toda información personal de la red—, a la gestión del «legado digital» después de la muerte o la transparencia en el uso de los algoritmos son solo algunos de los preceptos que firma esta declaración académica. En definitiva, «dejar en manos de las personas la voluntad de compartir o no sus datos», resume Cermelli. Tal y como sucede en el mundo analógico, los expertos indican que hay que tener herramientas para poder «gobernar» de igual forma la vida virtual.

Así, no consiste en oponerse a la tecnología, sino en lograr su «humanización», como señala Cermelli. Esto es, que el algoritmo esté, en última instancia, bajo la supervisión de un ser humano. Lo que no plantea menos problemas. Ya han proliferado las quejas que denuncian los «sesgos occidentales» con los que trabaja la Inteligencia Artificial (IA). Por ello, la ética digital se dirige a los creadores de la tecnología, los responsables de modificar los algoritmos para que el conocido «machine learning» —aprendizaje automático de las máquinas— incorpore valores humanos de respeto, libertad e igualdad.

El mundo pronto abrazará la red 5G y el Internet de las Cosas, un escenario en el que millones de dispositivos

—25.000 millones en 2021, según la consultora tecnológica Gartner— estarán conectados entre sí y compartirán datos personales en tiempo real.

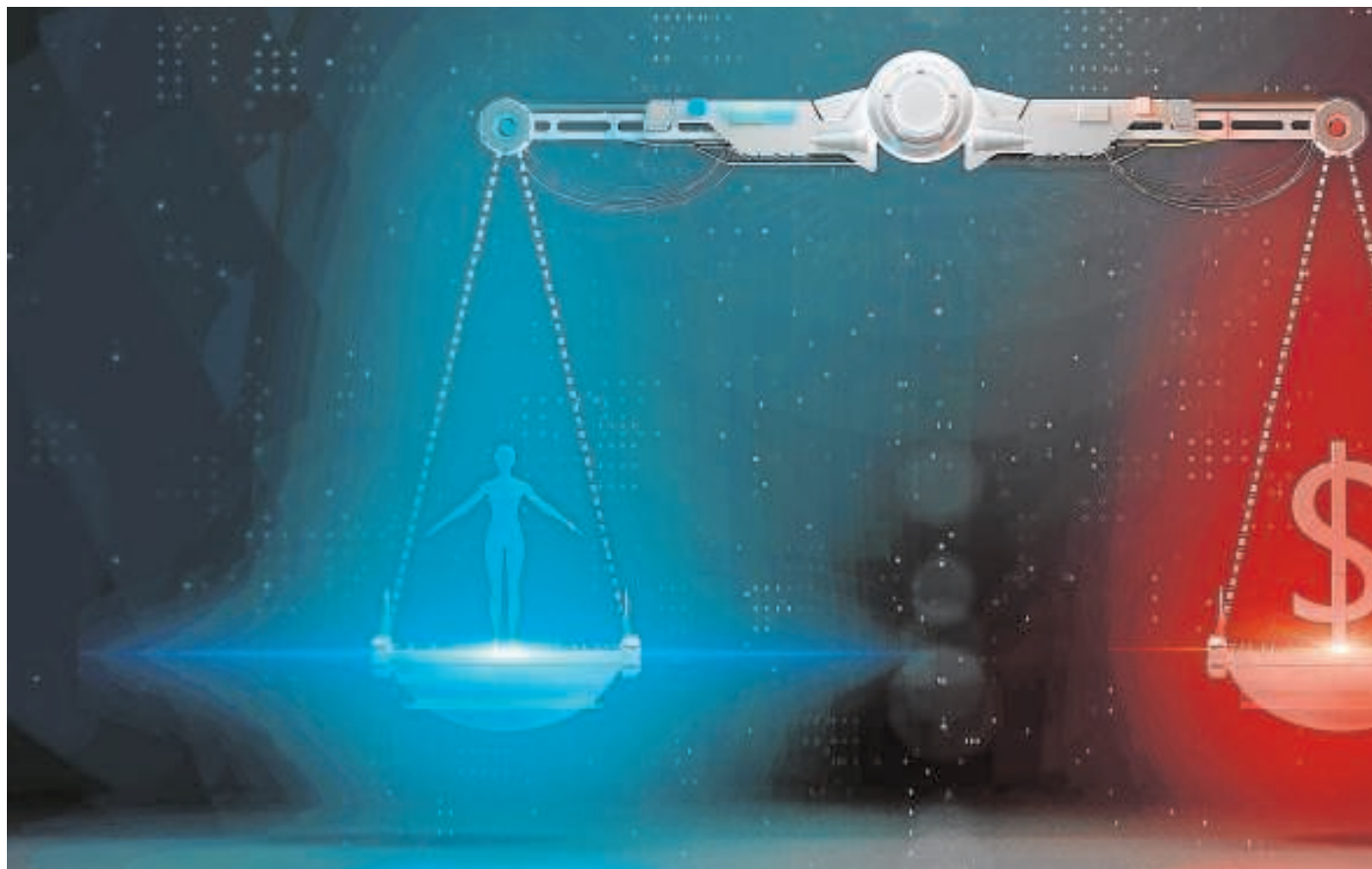
Dominar la IA

La IA aplicada a esta interconexión digital tiene un potencial inabarcable. En España se prevé un gasto de 23.000 millones de euros en el próximo año —el quinto país europeo que más invierte en ella—, según datos de IDC Research. Una inversión necesaria en tanto que los Gobiernos y empresas están inmersos en una carrera tecnológica. China, la segunda mayor economía del mundo, ya ha advertido

de que «dominará la IA en 2030», y no parece una bravuconada cuando sus más de 1.300 millones de habitantes generan ingentes cantidades de datos y el régimen de Pekín aprueba políticas favorables al desarrollo de la IA. Pero este futuro no está exento de riesgos.

El 87% de los directivos de grandes compañías reconocen tener constancia de un uso cuestionable de la IA en los últimos dos o tres años, según un estudio elaborado por el Instituto de Investigación Capgemini. Desde la recopilación de datos personales de pacientes sin consentimiento, en el sector sanitario, hasta la dependencia excesiva de decisio-

El 87% de los directivos tiene constancia de un uso cuestionable de la IA



A las puertas de la cuarta generación de derechos humanos

La primera generación de derechos humanos protegió a los ciudadanos frente al poder de los Estados, la segunda consagró los derechos sociales y la tercera fue coherente con la globalización, al proclamar el derecho a la paz y a un medio natural sano para todos los pueblos de la Tierra. Ahora, en plena expansión de la tercera

revolución industrial, investigadores de la Universidad de Deusto reclaman una cuarta generación de derechos humanos para proteger al usuario en entornos digitales. Llamamos así a gobiernos y empresas a cumplir con unos mandamientos que regulen el camino a la automatización total.

La maquinaria europea ya se ha

puesto manos a la obra. En 2017, el Parlamento elaboró un código ético de conducta y en diciembre del año pasado redactó el primer borrador para el uso responsable de la Inteligencia Artificial (IA). Y la aprobación, en mayo de 2018, del Reglamento General de Protección de Datos, sentó las bases de una protección jurídica para una sociedad en la que la tasa de crecimiento de los usuarios en la red es diez veces más rápida que el aumento de la población, según

nes tomadas de forma automatizada y sin comunicarlo al cliente, en banca y seguros. Problemas originados por la falta de ética en el desarrollo de la IA, una tecnología que extrae conclusiones de modelos que, en muchos casos, quedan más allá de la comprensión humana.

Por otro lado, un compromiso moral repercute de forma positiva en la reputación de las compañías. Como refleja el informe de Capgemini, el 62% de los consumidores confiaría más en una empresa que hace un uso ético de la IA para interactuar con ellos y el 59% sería más fiel a la firma. Así, «la confianza generará mayor valor económico», afirma Cermelli, que propone sustituir la posición dominante de las compañías por la cooperación con el consumidor.

Y aunque las peores pesadillas de algunos contemplan un mundo bajo el yugo de las máquinas, esta teoría queda lejos de la realidad. Como señala Cermelli, «el mundo digital es capaz de prever todo con sus elementos, pero el algoritmo no concibe la serendipia, el factor aleatorio del ser humano».



Marsh España. No obstante, «el objetivo [de la Comisión Europea] es más de educación y sensibilización que una regulación en profundidad», afirma Alberto de Torres, profesor del Instituto de la Economía Digital de ESIC. A partir de los esfuerzos de la Comisión para el desarrollo ético de la IA, que comenzarán este verano, se pretende «construir un consenso internacional para que la IA esté centrada en el ser humano», añade De Torres.

«Por el bien del FMI, su próximo dirigente no debería ser europeo»

Pablo Martín-Aceña

Catedrático de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Alcalá

El autor de «Historia del Fondo Monetario Internacional» hace balance de los 75 años de la institución y su relación con España

CARLOS MANSO CHICOTE

El FMI está de cumpleaños. Y no una cifra cualquiera, sino 75 años. Un número redondo del que Pablo Martín-Aceña ha hecho balance en «Historia del Fondo Monetario Internacional», el libro que acaba de publicar sobre la extensa vida de la institución. Precisamente uno de los creadores del Fondo, John Maynard Keynes, pronunció en la Residencia de Estudiantes, donde tuvo lugar esta entrevista, una conferencia en 1930. Casualidad o no, hablamos de un organismo que ahora espera nuevo director gerente, tras la marcha de Christine Lagarde al BCE. —¿Cuáles han sido las claves de la resiliencia del FMI durante estos 75 años?

—Es la pregunta de partida del libro, porque el FMI es una institución tan atacada y vilipendiada que no despertaba ninguna simpatía ni en países ricos ni medianos o pequeños. Sin embargo, ha resistido 75 años: el FMI presta en esencia cuando nadie lo hace. Lo hace con condiciones, porque no deja de ser una suerte de banco internacional, al que acuden los países cuando no encuentran una alternativa viable. Esto explica muy bien por qué el número de miembros ha aumentado desde los 45 países iniciales de Bretton Woods hasta los 189 de la actualidad. Luego también asesora gratis, y hay una labor aún menos conocida, que es la de la formación a funcionarios de los países miembros. Todo esto es por lo que ha sobrevivido el FMI.

—¿Siguen vigentes las críticas sobre la condicionalidad?

—Al principio, los británicos —que estaban con el agua al cuello y necesitaban mucho dinero— querían que los préstamos fueran gratis pero los Estados Unidos se opusieron. A pesar de que la condicionalidad no aparece en el primer convenio, luego se introdujo a principios de los años 50 a propuesta de Washington. Porque si no hay condicionalidad, no hay incentivos para hacer las reformas ni para devolver el dinero. Otra cosa es que esa condicionalidad no haya siempre sido la adecuada o que los funciona-

rios del Fondo en las crisis de deuda en Latinoamérica o las asiáticas de los años 90 puedan haber agravado la situación económica.

—En estos 75 años parece que el FMI ha sabido transformarse...

—El FMI es una institución que ha sido un poco camaleónica, a lo mejor con retraso. En este último periodo, sí que ha registrado una mayor metamorfosis: ha cambiado sus criterios de condicionalidad, así como una reflexión interna sobre su propio modus operandi, y bueno, no es que se haya convertido en una institución admirable. Muchas veces se le acusa de que hay un desequilibrio interno, pero es utópico pensar que el FMI pueda ser una organización igualitaria o que los votos de los Es-

tados Unidos pesen lo mismo que los de Burundi.

—Precisamente se ha criticado mucho el poder y la influencia de Estados Unidos en el FMI.

—El ascenso de China puede poner en jaque toda esa distribución del poder. El Fondo fue una idea de los Estados Unidos, un proyecto amplio, de construcción monetaria y cooperación porque los funcionarios del Tesoro y del Departamento de Estado interpretaron que la II Guerra Mundial había sido consecuencia de la fragmentación económica. Entonces, el único poder político y económico que había eran los Estados Unidos. Ese poder inicial se ha perpetuado, aunque ha ido disminuyendo. ¿Que es un privilegio desorbitado? Ciertamente. Pero el mundo sigue usando dólares como la divisa esencial.

—Lagarde acaba de dimitir como directora gerente del FMI para presidir el BCE desde noviembre, ¿cree que la sucederá otro europeo?

—Lo que sé es que los europeos van a presionar al máximo. Creo que por el bien del Fondo, de su futuro, el próximo director gerente no debería ser un europeo. Si es un europeo finalmente, creo que no sería el buen camino. —Hablando de europeos, apenas menciona al único español al frente del FMI, Rodrigo Rato. ¿Qué opina de

su labor?

—A Rodrigo Rato le ponen al frente del FMI en un momento en que se estaba reconvirtiendo interiormente y disminuyendo su personal, porque no pasaba nada. El Fondo es importante cuando hay crisis; si las cosas están tranquilas, pasa a un segundo plano. Le pilló ese momento y, luego, se debía de aburrir. No lo sé. Pasó sin pena ni gloria, como muchos. Además, Rato se marchó antes de terminar su mandato y eso no está bien: sin dar explicaciones, y no se sabe a dónde.

—¿Cómo ha sido la relación entre el FMI y España?

—Después del Plan de Estabilización (1959), España no volvió a acudir al FMI, ya que Franco y los dirigentes franquistas lo veían como un enemigo. Porque el Fondo se inmiscuye en los asuntos de los estados, a veces demasiado. Entonces, cuando venían aquí eran como funcionarios extranjeros que querían intervenir en nuestra casa. Luego con la democracia mejoró, lo que pasa es que las relaciones han sido cordiales, pero distantes, porque España no ha necesitado del Fondo, ni siquiera durante el rescate.



El futuro del FMI
«Es utópico pensar que los votos de EE.UU. pesan lo mismo que los de Burundi en el FMI»



GUILLERMO NAVARRO